

ADAM BLADE

Busca Fieras



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

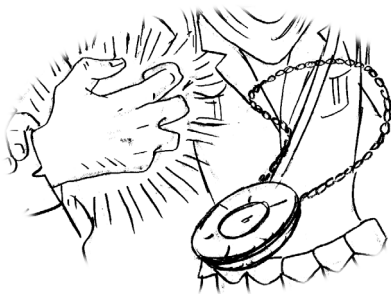
 DESTINO

 HALKON 

LA FLECHA EN EL AIRE

CAPÍTULO UNO

UN NUEVO RETO



El mar verde esmeralda rompía contra la costa de Gwildor. Tom y sus tres compañeros, Elena, el caballo *Tormenta* y el lobo *Plata*, observaban las olas, maravillados por la riqueza de sus colores.

Tom apenas podía creer que siguiera vivo después de su horrible batalla con *Krab*, la primera Fiera de Gwildor.

El dolor de su mano derecha le recordaba a la batalla que había lidiado bajo el mar. Tom había roto el maleficio del

malvado Brujo Velmal, que mantenía prisionero al cangrejo gigante, y *Krab* volvía a defender Gwildor. Pero Tom sabía que eso sólo había sido el principio: lo esperaban otras cinco Fieras en Gwildor, y todas ellas sometidas al mismo maleficio de Velmal. Si quería salvar el reino de Gwildor, Tom y Elena debían liberarlas a todas.

Pero no iba a ser fácil. Freya, la Maestra de las Fieras de Gwildor, se había aliado con Velmal, y ahora era la enemiga de su propio reino, lo que quería decir que ésta era la Búsqueda más peligrosa a la que iban a enfrentarse.

Tom flexionó su mano dolorida para ver cómo estaba. Sintió un dolor intenso. Una extraña cicatriz verde había aparecido en la mano, en el lugar donde *Krab* lo había agarrado con su fuerte pinza.

—Ojalá Aduro y Taladón nos hubie-

ran dicho a qué tipo de Fiera nos íbamos a enfrentar —dijo Elena pasando el dedo pulgar por el borde afilado de las puntas de sus flechas. Su lobo gris gruñía suavemente a su lado.

Tom sonrió al oír mencionar a su padre: Taladón, el Maestro de las Fieras de Avantia. Por fin estaba libre de la magia diabólica de Malvel, y ahora, junto al buen brujo Aduro luchaba para mantener Avantia a salvo.

—Nos dijeron todo lo que podían —le recordó Tom a Elena, acercando la mano para acariciar el grueso pelaje de la cabeza de *Plata*.

Elena miró a su alrededor.

—Este lugar me resulta un poco extraño —dijo—. Es casi demasiado bonito.

—Gwildor y Avantia son reinos gemelos —dijo Tom—. Creo que nos acostumbraremos en seguida.

—Eso espero —dijo Elena volviendo a meter sus flechas en el carcaj—. Si Gwildor se hunde, Avantia irá detrás.

Tom asintió.

—Vamos a ponernos en marcha —dijo. Tocó el amuleto plateado de Avantia que colgaba de su cuello. En su última Búsqueda de Fieras, en la Tierra Prohibida de Avantia, había recuperado los seis trozos del amuleto para que su padre dejara de ser un fantasma y volviera a ser de carne y hueso. Tom lo miró y admiró el brillo del disco azul que había en el centro. Lo giró y observó el mapa mágico de Gwildor tallado en la parte de atrás. No se perderían siempre que tuvieran el amuleto.

Un dolor agudo le recorrió el brazo y se le cayó el amuleto de la mano. ¡Cómo le gustaría que *Krab* no lo hubiera atrapado con su pinza venenosa!

—¿Estás bien, Tom? —preguntó Elena, preocupada.

Su amigo forzó una sonrisa.

—No te preocupes por mí —dijo.

A su lado, *Tormenta* movió la cabeza y relinchó. Con la mano buena, Tom acarició las crines negras del caballo.

—No pasa nada, muchacho —lo tranquilizó—. Hemos pasado por cosas peores, ¿no? Es hora de encontrar a la siguiente Fiera de Gwildor.



Tom volvió a coger el Amuleto y lo sujetó todo lo fuerte que pudo. En el mapa aparecieron dos caminos rojos que brillaban y palpitaban. Tom sabía que uno de los caminos lo llevaría a la Fiera, y el otro, a la recompensa que lo ayudaría en su Búsqueda: uno de los objetos mágicos que pertenecía a la Maestra de las Fieras antes de que Velmal la hubiera sometido a su maleficio.

—¿Qué muestra el amuleto? —preguntó Elena.

Tom señaló los dos caminos rojos que brillaban en el talismán plateado. Esta vez, a diferencia de su Búsqueda anterior, en la que tenían que encontrar a *Krab*, ambas líneas iban en la misma dirección.

—Mira —dijo señalando una pequeña figura que apareció donde ambos caminos terminaban—. Gavillas de maíz, una granja.

—Pero no veo a la Fiera con la que nos tenemos que enfrentar —dijo Elena, preocupada.

—Tenemos que confiar en el amuleto —contestó Tom colgandoselo de nuevo—. La última vez nos llevó hasta *Krab*, y estoy convencido de que cuando llegue el momento, nos llevará a la siguiente Fiera.

Tom se subió a la silla de *Tormenta*. La mano le dolía mucho, pero intentó que no se notara. Con mucho esfuerzo, ayudó a Elena a subir detrás. Los animales parecían sentir la urgencia de la Búsqueda. *Tormenta* pateaba el suelo y *Plata* iba de un lado a otro, soltando aullidos bajos. Tom hizo girar a *Tormenta* y se metieron tierra adentro.

Aunque intentaba concentrarse en el nuevo reto que lo esperaba, Tom no podía dejar de pensar en la visita que les había hecho Velmal al poco tiempo de

llegar. Freya, la Maestra de las Fieras, estaba con el malvado brujo de pelo rojo intenso. El chico tembló sólo de pensar en sus ojos salvajes y el pelo ne-



gro de la mujer. Por culpa de Freya, Gwildor estaba en peligro. Tom sabía que debía detestarla, pero también sabía que Freya estaba sometida al control de Velmal, igual que las Fieras de Gwildor. Algo en ella lo atraía, pero no sabía por qué.

Movió la cabeza. Él también estaba impaciente. Ahora no era el momento de rebuscar en el pasado. Debían encontrar a la Fiera y liberarla.